

La vida religiosa y consagrada: escuela de perfección en la caridad

Fundamentos bíblicos

El concepto de “perfección”, para Santo Tomás de Aquino, es un concepto de carácter evangélico. Jesús nos invita a alcanzarla con sus palabras: “Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto”.¹ Incluso en el Antiguo Testamento se prefigura este llamado cuando Dios le dice a Abram: “Yo soy el Dios Todopoderoso; camina en mi presencia y sé perfecto”.²

El origen de los términos “perfecto” y “perfección” derivan del griego *telos*, que significa “fin” o “meta”. De allí que la perfección espiritual se entienda como la meta a la que debemos aspirar y tender a lo largo de la vida. Ahora bien, este fin se alcanza principalmente por medio de la virtud de la caridad³, a la que San Pablo denomina “vínculo de perfección”.⁴ La caridad tiene por objeto al mismo Dios e informa todas las demás virtudes, las unifica en un todo armónico y orienta sus actos hacia Él, amado sobre todas las cosas. Además, no solo vivifica las virtudes, sino que asegura su perseverancia.

Esta perfección a la que Dios nos llama se realiza en la fidelidad a los preceptos revelados en el Evangelio: amar a Dios con todo el corazón y al prójimo como a nosotros mismos.⁵ Se nos manda amar a Dios, y amarnos a nosotros mismos en Dios, así como también al prójimo, que por un cierto derecho procedente de la vida social está unido a nosotros. De ahí que debamos desear para el prójimo lo mismo que para nosotros: alcanzar la vida eterna⁶. En definitiva, no hay otro camino hacia la perfección cristiana que la práctica de estos dos mandamientos.

¹ Mateo 5, 48.

² Génesis, 17, 1.

³ Cf. Royo Marín, *Teología de la caridad*, pág. 80: “La caridad es la única virtud que tiene por objeto al mismo Dios como fin último sobrenatural, sólo ella está de suyo ordenada al premio *esencial* de la gloria, o sea, al grado mayor o menor de claridad y penetración en la visión beatífica que gozaremos en el cielo”.

⁴ Colosenses 3,14: “Pero sobre todas estas cosas, (*vestíos*) del amor, que es el vínculo de la perfección”.

⁵ Mt 22,36-38: “Maestro, ¿cuál es el mayor mandamiento de la Ley? Respondió Él: “Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón, con toda tu alma, y con todo tu espíritu. Éste es el mayor y primer mandamiento. El segundo le es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo”. Lc 10, 27-28: “Y él replicó diciendo: Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu fuerza y con toda tu mente, y a tu prójimo como a ti mismo. Díjole (*Jesús*): Has respondido justamente. Haz esto y vivirás”. Mt 22,40: “De estos dos mandamientos pende toda la Ley y los Profetas”.

¿Y en qué grado debe amarse a Dios? Santo Tomás responde en la Suma de Teología: “El precepto de amor a Dios implica poseer la caridad al menos en el grado mínimo que consiste en no amar nada con más intensidad que a Dios, ni tanto como a Él, ni contra Él”.⁷ El grado mínimo no es poca cosa ya que supone que uno centra toda su vida en Dios y que uno ama al prójimo como a sí mismo. La vida espiritual se sostiene al menos en la observancia mínima de los preceptos, pero su plenitud está en su cumplimiento perfecto. No obstante, Santo Tomás explica que el amor de Dios y al prójimo no está sujeto a medida dado que para cada uno está llamado a amar a Dios tanto como pueda⁸, y yerra quien no le concede la primacía sobre todo lo demás.

Los consejos evangélicos: instrumentos de perfección

La profesión de los consejos evangélicos mediante los votos de pobreza, castidad, y obediencia que constituyen la vida religiosa y consagrada, no es estrictamente necesaria para alcanzar la perfección ni es imprescindible para alcanzar su grado máximo. ¿Qué papel cumplen entonces los consejos? Santo Tomás afirma que los consejos eliminan los impedimentos y por ello dan una mayor firmeza para cumplir los preceptos.⁹ Están, por tanto, al servicio de los preceptos, y no al revés: quien cumple los consejos sin cumplir los preceptos no alcanzaría la perfección.

Desde este punto de vista, la vida religiosa y consagrada es una “escuela de perfección” (*studium perfectionis*). Se entiende que los que ingresan a la vida religiosa o se consagran a Dios (ya sea con una consagración pública o privada) no alcanzan la perfección de inmediato, sino que se ejercitan y entrenan para alcanzarla.¹⁰ Por eso, el estado religioso es denominado “estado de perfección”, ya que hay en ella un compromiso de tendencia y aspiración a procurarla. Además, mediante los votos se realiza de modo directo y positivamente un verdadero culto a Dios. Santo Tomás afirma: “El voto pertenece a la

⁷ Cf. S Th II-II, q. 184, a. 2 y a. 3.

⁸ Cf. S Th II-II, q. 184, a. 3.

⁹ Santo Tomás de Aquino, S. Th. II-II q.184, a. 3. “De manera secundaria e instrumental, la perfección consiste en los consejos. Tanto unos como otros se ordenan a la caridad, pero de modo distinto. Los mandamientos tienen como fin apartar lo que es contrario al acto de caridad que la hace incompatible con ellos, mientras que los consejos se ordenan a apartar los obstáculos al acto de caridad que, sin embargo, no se oponen a la misma”

¹⁰ Santo Tomás de Aquino, *Opúsculo vida religiosa*.

religión en cuanto que consiste en una promesa hecha a Dios; y el ofrecer tales promesas a Dios es un acto de la virtud de religión.”¹¹

Ahora bien, no siempre existe correspondencia entre el estado de vida y la perfección personal: puede suceder que una persona en “estado de perfección” no viva a la altura de sus compromisos y no logren ser verdaderamente perfectos y a la inversa, puede haber cristianos que, sin abrazar este estado alcancen la perfección espiritual.¹² El ejemplo eminente es Cristo, plenitud y modelo de toda perfección. Según san Agustín, Cristo es: “La Palabra perfecta, a la que nada le falta”.¹³ Él vivió los preceptos y los consejos de modo perfecto. Y los consejos evangélicos, vividos fielmente, nos asemejan a Él. El decreto *Perfectae Caritatis* del Concilio Vaticano II, inspirado en la doctrina de Santo Tomás, lo refiere así: “...Todos los que son llamados por Dios a la práctica de los consejos evangélicos y fielmente los profesan se consagran de modo particular al Señor, siguiendo a Cristo, quien, virgen y pobre, redimió y santificó a los hombres por su obediencia hasta la muerte en la Cruz... Porque cuanto más fervientemente se unan a Cristo por medio de esta donación de sí mismos, que abarca la vida entera, más exuberante resultará la vida de la Iglesia y más intensamente fecundo su apostolado”.¹⁴

Cabe señalar que para Santo Tomás, el sentido del término “perfecto”, tiene distintas acepciones. Algo puede ser perfecto de modo absoluto o relativo. Perfecto en absoluto es lo que alcanza el fin que corresponde a su propia naturaleza, es decir, según su esencia. Perfecto en sentido relativo es lo que cumple su fin de manera parcial o desde un determinado punto de vista. En la vida espiritual, una persona es perfecta en sentido absoluto únicamente cuando alcanza el grado máximo posible de caridad, lo cual solo se da en los Bienaventurados. En cambio, la perfección relativa es la que el ser humano puede lograr en esta vida mientras

¹¹Cf. *S. Th.* II-II, q. 88, a. 5.

¹²Cf. *S. Th.* II-II q. 152, a. 2. Aquí aclara que puede darse por ejemplo mejor disposición de ánimo para conservar la virginidad en un casado que en alguien con estado de perfección o que una persona casada tenga mejor disposición para el martirio que es superior que la virginidad en alguien con estado de perfección.

¹³ San Agustín, *San Agustín comenta el Evangelio, Heb 1,1-6: La única Palabra de Dios*. “La Palabra de Dios es una cierta forma, pero una forma no formada, forma de todos los seres que tienen forma; forma inmutable, estable, a la que nada le falta; sin tiempo ni lugar, que lo trasciende todo, que se alza por encima de todas las cosas, fundamento donde se apoyan y remate que a todas cobija”.

¹⁴ CONC. ECU. VAT. II, Decreto, *Perfectae Caritatis*, 1. En:

https://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vatii_decree_19651028_perfectae-caritatis_sp.html

camina hacia aquella perfección absoluta, contando con algunos elementos vinculados a la plenitud de la caridad.

Aunque esta perfección absoluta propia de los bienaventurados no nos es posible en esta vida, porque no es posible ni a las almas más santas elevar continuamente el pensamiento a Dios sin la mínima distracción, debemos aspirar a alcanzar *alguna* semejanza de esa perfección. En eso consiste justamente la perfección por medio de los consejos evangélicos. Los consejos ayudan, bien vividos, a acercarnos más a ese ideal de amor de los bienaventurados.

Asimismo, Santo Tomás distingue una triple perfección de la caridad. Hay un primer grado que es la perfección absoluta que le corresponde solo a Dios, dado que sólo Él puede amarse de manera perfecta e infinita a sí mismo. Nosotros, como criaturas finitas, no podemos amar a Dios de modo infinito. El segundo grado, como ya mencione, es la perfección propia de los bienaventurados, que aman a Dios de modo absoluto, con todo el corazón, la mente, el alma y todas las fuerzas en acto y con la máxima tensión posible para una criatura. Y el tercero, es el grado alcanzable en esta vida, necesario para la salvación: amar a Dios con todo el corazón, con toda la mente, con toda el alma y con todas las fuerzas, orientando hacia Él todos nuestros afectos, pensamientos, palabras y actos aunque no siempre de manera actual, sino al menos habitual.¹⁵

De este modo, amar a Dios con todo el corazón significa realizar todas nuestras acciones con la intención de servir, agradar y darle gloria. Amar a Dios con toda el alma implica una total inclinación del afecto y de la voluntad a la voluntad divina.¹⁶ Amar a Dios con toda la mente supone someter la razón a la fe y buscar con constancia la verdad. Por último, amar a Dios con todas las fuerzas implica que toda nuestra vida exterior -palabras y obras- derive de la caridad. Santo Tomás cita a este respecto la enseñanza tan conocida de san Pablo a los Corintios: “Haced todo por caridad”.¹⁷ Y san Agustín añade: “Ama y haz lo que quieras: si callas, callarás con amor; si hablas, hablarás con amor; si corriges, corregirás con amor; si perdonas, perdonarás con amor. Ten solo en el corazón la raíz del amor, y de

¹⁵Cf. *S. Th.*, II-II, q. 24, a. 9.

¹⁶ SAN AGUSTÍN, *Ochenta y tres cuestiones diversas. Cuestión 36*. “Pero cuando Dios es amado más que el alma, de modo que el hombre prefiera ser de Él antes que suyo, entonces se atiende verdadera y soberanamente al alma, y, en consecuencia, también al cuerpo, sin preocuparnos nosotros de cualquier apetito que lo perturbe, sino aceptando únicamente las cosas que son patentes y se nos ofrecen”.

¹⁷ 1 Corintios 16,14.

esa raíz no puede brotar sino el bien”.¹⁸ Para que esto suceda, la vida activa debe mantener el gozo producido en la contemplación y ser una adición, porque la acción depende de la caridad que produce la contemplación. De esto modo, debe haber una primacía de la contemplación, de la cual surge la acción; y ésta, a su vez, reconducir al alma nuevamente a la contemplación.¹⁹

La perfección del amor a Dios y el desapego

Santo Tomás señala que el amor a Dios será tanto más perfecto cuanto más nos despojemos de las cosas temporales y, por este motivo cita a san Agustín²⁰: “El veneno de la caridad es la codicia de los bienes temporales”²¹. De este modo, cuando disminuye la codicia, aumenta la caridad; y cuando desaparece la codicia, la caridad llega a su plenitud. En este mismo espíritu, el místico Doctor del Siglo de Oro español, San Juan de la Cruz, plantea lo siguiente: no basta carecer de cosas temporales, sino que lo esencial es carecer del apetito de ellas.²² El apetito es el impulso vehemente que nos lleva a satisfacer deseos o necesidades y viene del latín “*appetitus*” que significa “atacar”, “desear”. Se aproxima a lo que hoy entendemos por apegos o fijaciones. Estos, paralizan la potencia afectiva reteniéndola en un estado anterior e impidiendo el avance hacia la unión con Dios. Pueden proceder tanto de los bienes y deleites naturales como de los sobrenaturales. Estos últimos, aunque más sutiles, también pueden obstaculizar el camino si se poseen con apego, pues no son Dios. Como declara el santo: “El único apetito que quiere Dios es el de querer guardar su Ley”. Los otros apetitos se deben superar, afrontar, sortear o como afortunadamente expresa él, “pasar de

¹⁸ SAN AGUSTÍN, *Homilías sobre la primera carta de san Juan a los partos. Homilía séptima (1 Jn 4,4-12)*

¹⁹ Cf. *S. Th.* II-II, q. 182, a. 1 y a. 4.

²⁰ *S. Th.* II-II, q. 184, a. 3.

²¹ SAN AGUSTÍN, *Ochenta y tres cuestiones diversas*, Cuestión 36. “A la inversa, el veneno de la caridad es la esperanza de conseguir y conservar bienes temporales; su alimento es la disminución de la codicia; su perfección, la ausencia de la codicia; la señal de su progreso es la disminución del temor; prueba de su perfección es la ausencia de todo temor, porque también la raíz de todos los males es la codicia⁹, y la dilección consumada echa fuera todo temor. Así pues, quien quiera alimentarla, que se dedique con tesón a disminuir las codicias. Pues la codicia es el deseo de conseguir y conservar las cosas temporales”.

²² SAN JUAN DE LA CRUZ, *Subida del Monte Carmelo*, I, 3, 4, en *Obras completas*, ed. Lucinio Ruano de la Iglesia, 6.^a ed. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 2002, p. 134: “Llamamos a esta desnudez noche para el alma, porque no tratamos aquí de carecer de las cosas —pues eso no desnuda al alma si aún las desea—, sino de la desnudez del gusto y del apetito de ellas. Esto es lo que deja al alma libre y vacía, aunque las posea. Porque no son las cosas de este mundo las que ocupan y dañan al alma, sino la voluntad y el apetito de ellas”.

todo eso”.²³ Dios está siempre sobre las almas deseando entrar en ellas, pero los apetitos desordenados entorpecen e impiden su ingreso. Y, por si fuera poco, atormentan, ciegan, oscurecen y debilitan el alma. Únicamente vaciándose de ellos puede Dios llenar el alma con sus “bienes divinos”.²⁴ Para ello, el santo aconseja ejercitar con constancia la virtud de la caridad junto con la fe. La fe es el medio por el cual nuestro entendimiento se une con Dios. Constituye un hábito cierto, aunque oscuro, porque la razón humana unida a los sentidos no puede abarcar plenamente lo divino.²⁵ Cumple básicamente la función de iluminar y guiar en el camino hacia la unión transformante. En la Sagrada Escritura está representada con la imagen de la columna de fuego que guiaba a los israelitas durante el Éxodo: era nube de día y fuego de noche, como signo de la presencia fiel de Dios que guía y protege a su pueblo en medio del desierto.²⁶

Por otra parte, los santos deseos, cuando se apoyan en la caridad, dan fuerza para sobrepasar los obstáculos y dificultades. Y así, dice él, si el alma avanza por este camino es gracias a la “fuerza y calor que para ello le dio el amor”.²⁷ Resumiendo, la fe y la caridad permiten, en la metáfora de San Juan de la Cruz, “...ir por esos montes y riberas; sin coger las flores, ni temer las fieras, y pasar los fuertes y fronteras”.²⁸

Para alcanzar la unión con Dios, el alma recorre tres etapas o vías, descritas por Santo Tomás a partir de la Tradición, especialmente siguiendo a Dionisio Areopagita²⁹ y a San Agustín³⁰. La primera es la vía purgativa, donde se lucha contra el pecado y el grado de caridad es aún incipiente. La segunda es la vía iluminativa donde la mente se ilumina con la gracia, el alma progresa en las virtudes luchando contra los pecados veniales y el grado de caridad es de aprovechado. La tercera es la vía unitiva, el estado más elevado de la vida espiritual, donde el alma se une íntimamente con Dios descrita con la metáfora de “matrimonio espiritual”. Aquí el grado de caridad es ya perfecto. Entre el paso de la vía

²³ SAN JUAN DE LA CRUZ, *Subida al Monte Carmelo*, I, 13, 11, pág.174-175.

²⁴ Llama de amor viva, 3,46.

²⁵ IGNACIO ANDEREGGEN, Seminario de Licenciatura: San Juan de la Cruz, Universidad Católica Argentina, Buenos Aires, 2010. En: <https://www.youtube.com/watch?v=PV718ImgLwk&list=PLylENo26tr-eRDyUwOXrgsbLjs5pBW5-1&index=9>

²⁶ Éxodo 13, 21-22.

²⁷ SAN JUAN DE LA CRUZ, *Noche oscura*, Declaración.2.

²⁸ SAN JUAN DE LA CRUZ, *Cántico espiritual*, estrofa 36, v. 5.

²⁹ Cf. DIONISIO AREOPAGITA, *Jerarquía Eclesiástica*, Obras completas. Traducido por Teodoro H. Martín, BAC, 1995, Cap. 5.

³⁰ Cf. SAN AGUSTÍN, *De quantitate animea*, Libro 1, cap. 76.

purgativa a la iluminativa se da la noche del sentido y entre la vía iluminativa y la unitiva, la noche del espíritu. Hay, pues, dos “noches” y tres “estados” con sus tres grados de caridad correspondientes. Son tres grados pero que la gradación puede extenderse mucho más.

En todo este proceso el alma se va vaciando de los apetitos y queda dispuesta para recibir la infusión de la “pura y sencilla luz”³¹ divina en la sustancia del alma. Esta participación de la gracia en el alma va “divinizando” la persona, es decir aumentando su grado de ser sobrenatural que a su vez perfecciona el ser natural.³²

De esta experiencia inefable trata justamente la ciencia de la Teología Mística. Uno de sus principales exponentes, el Pseudo-Dionisio Areopagita, menciona a su maestro Hieroteo en el capítulo 2 del *De Divinis Nominibus* de quien se decía que era “perfecto en las cosas divinas no conociéndolas sino padeciéndolas”³³. Es decir, que vivía y experimentaba la realidad de Dios de manera mística, más allá de la mera comprensión racional. Para ello aconseja el mismo autor en su obra *Teología Mística*: “Esta es mi oración Timoteo, amigo mío, entregado por completo a la mística, renuncia a los sentidos, a las operaciones intelectuales, a todo lo sensible y a lo inteligible. Despójate de todas las cosas que son y aún de las que no son, y elévate, cuanto puedas, hasta unírte en el no saber con aquel que está más allá de todo ser y de todo saber. Porque, por el libre y puro apartamiento de ti mismo y de todas las cosas, serás elevado en éxtasis hasta el rayo de tinieblas de la divina Supraesencia”.³⁴

Conclusión

La vida religiosa y consagrada constituye, en la visión de Santo Tomás y en la Tradición de la Iglesia, una auténtica escuela de perfección en la caridad. Ella dispone de manera particular al alma, mediante el desprendimiento, para la contemplación sobrenatural y la íntima unión con Dios y anticipa, ya en esta vida, la meta de la perfección que solo los bienaventurados alcanzan de modo absoluto.

³¹ SAN JUAN DE LA CRUZ, *Subida*, II, 16, 9, pág. 293.

³² SAN AGUSTÍN, *Sermón 117*: “Advierte cómo tú, al contacto con ella, llegas a ser lo que no eras, sin que lo que tocas deje de ser lo que es. Dios no es más porque lo conozcan; el que llega a ser más al conocerle es quien le conoce”.

³³ DIONISIO AREOPAGITA, *De divinis nominibus*, Cap. II, §9. *Patrologia Graeca*, vol. 3, col. 644. Ed. J.-P. Migne, Garnier, 1857.

³⁴ DIONISIO AREOPAGITA, *Teología Mística*, Obras completas. Traducido por Teodoro H. Martín, BAC, 1995, cap. 1, § 1.

Con todo, la llamada a la perfección de la caridad no se restringe a quienes abrazan este estado, sino a todo cristiano en general. De este modo, la vida religiosa y consagrada constituye un signo visible de la vocación universal de todo cristiano a la perfección sobrenatural de la contemplación que viene de Dios, donde el hombre encuentra la realización plena de todos sus anhelos.

Resumen

La vida religiosa-consagrada es una escuela de perfección de la caridad por medio de la profesión de los consejos evangélicos cuyo fin es excluir los impedimentos que retardan o aminoran la totalidad del amor a Dios. Permite asimismo la configuración total con Cristo, ejemplo supremo de perfección. Los consejos, bien vividos, ayudan a acercarnos más a ese ideal de amor a Dios absoluto, propio de los bienaventurados. El desapego a todo lo que no es Dios (cosas creadas y criaturas) otorga una mayor libertad para la unión con Él, fin y meta del camino espiritual.

María del Rosario Sica

Es Licenciada en Gestión e Historia del Artes por la Universidad el Salvador. Desde el 2014 se desempeña como consultora y gestora de arte independiente.

Dirección electrónica: sica.rosario@gmail.com